

Paul de Man, *Alegorías de la lectura*, trad. de Enrique Lynch, Barcelona, Lumen, 1990.

Paisley Livingston, *Literary Knowledge. Humanistic Inquiry and the Philosophy of Science*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1988.

En traducción de Enrique Lynch, Editorial Lumen, dentro de su colección *Palabra Crítica*, pone al alcance del público de lengua española una obra cuya importancia desde múltiples puntos de vista no puede ser ignorada. La edición original de *Allegories of Reading* se remonta al año 1979 y hay que recordar que la figura de de Man ha comenzado a alcanzar adecuada resonancia en nuestro país sólo en muy recientes tiempos. Editorial Visor ha publicado en este mismo 1990 una versión española de *The Resistance to Theory*, que como tal volumen apareció en 1986. Pero, sobre todo, hay que recordar el eco periodístico que los medios han reservado al caso de Man —su colaboracionismo pro-nazi en la Bélgica ocupada— y, más esencialmente la publicación en español del libro de Jacques Derrida *Memorias para Paul de Man* (Barcelona, Gedisa), aparecido en 1989 y que se remonta en parte a los años 1986 y 1988, el tiempo en que se destapó el asunto de los artículos juveniles de de Man en *Het Vlaamsche Land* y *Le Soir*, descubiertos por Ortwin de Graef en el verano de 1987. Finalmente —y esto es relevante dentro del panorama español— también en 1990, el número 13 de la revista *La balsa de la medusa* contiene varios artículos que atienden a Paul de Man (Catelli, Thiebaut, Piera) y además informan sobre el *affaire* (Donaghue⁴).

No hará falta recordar al lector la esencia del caso de Man. Un crítico y teórico de la literatura de origen flamenco se asienta en Estados Unidos donde alcanza un reconocimiento sin fisuras y crea una obra que trastoca el panorama de la crítica y la teoría literaria en ese país. Muere en 1983 y cuatro años después, mientras un estudiante investiga para una tesis sobre el personaje, descubre un capítulo oscuro en su biografía. Entre 1940 y 1943 había publicado en la prensa belga colaboracionista —es de suponer que la única permitida en las circunstancias⁵— artículos que, para mayor confusión, son expresión de una ideología comprometida con los principios de los ocupantes.

A partir de ese momento del 87, el campo está abierto para los anatemas y para el rasgado de vestiduras, dedicación no siempre equitativamente repartida en el medio académico norteamericano, el cual ha dejado pasar casos flagrantes y ha levantado montañas de granos de arena. Jacques Derrida, amigo y lector de de Man y para quien éste había facilitado la recepción en los Estados Unidos, escribe y publica en la primavera de 1988 “Like the Sound of the Sea Deep within a Shell: Paul de Man’s War” recogido en el volumen antes citado. Desgraciadamente, no pocos lectores encontrarán escasamente convincente y muy forzada una parte de la argumentación de Derrida: cuando el autor de *De la Grammatologie* analiza pasajes de los artículos en

4 “El extraño caso de Paul de Man”, parecido en *The New York Review*, XXXVI, 1989.

5 Comentario que no puede excluir la posibilidad más digna y auténticamente comprometida: la labor científica y docente clandestina, como en el caso de Prygogine tras el cierre de la Universidad libre de Bruselas.

cuestión practicando lo que podía llamarse una hermenéutica de descargo, lo que quizá para Denis Donaghue marche paralelamente a toda la obra demaniana, por cuanto este autor la entiende como un intento de segar la hierba bajo los pies de cualquier conocimiento, llegando a decir que de Man dirige sus sospechas “hacia cualquier pretensión de conocimiento”(Donaghue 1990: 48).

Sería interesante comparar cómo se han alineado unos y otros, y cómo se han dibujado las distintas posiciones, en este caso y en el últimamente reavivado caso Heidegger. Y aquí la noción clave parece ser la de continuidad. Se daría, en efecto, para algunos continuidad entre los compromisos políticos del rector y militante del NSDAP Martin Heidegger y su metafísica. Esta sería genuinamente la posición de Farías. Todorov, al respecto de Paul De Man, afirma que “no existe una discontinuidad real entre el antisemitismo y pro-hitlerismo profesados por De Man durante su juventud y sus opciones ideológicas” (*Times Literary Supplement*, 17-23 de junio de 1988, citado por Donaghue). La confrontación parece que en ambos casos se da según se defina o no un hiato, una solución de continuidad, entre la expresión de compromisos ideológicos —realizada a través de artículos periodísticos, discursos de rectorado y la misma actividad pública— y el supuesto valor trascendente de una obra crítica o filosófica. A este respecto, hay que distinguir, obviamente, entre el maduro Heidegger de los años veinte y treinta, y el joven De Man de 1940, profundamente influido además por su tío Henri. Pero estas dos posiciones no coinciden necesariamente con lo que, simplificando, podría llamarse apreciación positiva o negativa de una u otra obra. En otras palabras, puede darse la postura de quien niegue la necesidad de la conexión entre las opciones políticas de Heidegger y su metafísica y, al mismo tiempo, recorte todo valor a ésta; o el caso de quien entendiendo la inseparabilidad de una cosa y otra, reniegue de todo compromiso nazi, pero considere al autor de *Sein und Zeit* como la cúpula del pensamiento occidental. Y lo mismo puede decirse con respecto a de Man. Otra cuestión, naturalmente, es la de la coherencia intrínseca de las diversas posiciones que se pueden ir dibujando⁶. Con todo, la distinción maestra y la discusión fundamental es la de la conexión o la desconexión entre filosofía, o teoría literaria, y compromiso ideológico y político.

En *Alegorías de la Lectura*, observamos la máquina de la crítica demaniana a pleno rendimiento. Hay que lamentar, como suele ser costumbre, que la versión española carezca de un índice analítico, carencia que se hace más llamativa por

⁶ Que pueden hallarse ejemplos de todas las posiciones así definidas no parece difícil. Piénsese por ejemplo en la actitud adoptada por Finkielkraut, judío él mismo y autor de *La mémoire vaine du crime contre l'humanité*, que se permite a sí mismo ironías a cuenta de Farías y que llega a escribir que “acreditar el nazismo mediante una filosofía (es decir, mediante un deseo o una capacidad de interrogación) es hacerle mucho honor. (“Una grotesca historia”, *El País*, 21 de septiembre de 1989). En la misma línea, Lacoue-Labarthe, en su crítica de Farías, dice de la obra de éste como tercero y definitivo argumento: “ma troisième raison de suspecter ce livre: le texte de Heidegger n'y est tout simplement lu.” (*La fiction du politique*, Christian Bourgeois Editeur, 1987, pg. 185), lo que parece apuntar a un leer auténtico y cercano al ser frente a un leer falso e inauténtico. Antonio Pérez-Ramos, por su lado, niega importancia a la cuestión de la continuidad. Simplemente, niega entidad filosófica a la obra de Heidegger e interroga retóricamente: “¿puede calificarse de filosofía aquello que sólo cobra sentido a la luz de una mística personal e incommunicable?” (“Otro Heidegger, ¡bitte!”), *El País*, 10 de diciembre de 1989). Lyotard niega la conexión. Bourdieu la afirma. Yendo al panorama alemán, es interesante observar los planteamientos de Pöggeler en sus diversos estudios sobre Heidegger, los de Habermas, etc., etc., o más lejanamente los pronunciamientos de Jaspers o Löwith.

gratuita al comprobarse que la edición sí incluye traducciones españolas de los textos literarios citados de Rilke o Rousseau, Nietzsche o Proust.

El trabajo del traductor se complementa con algún comentario explicando la opción elegida en algún paso difícil, como en las páginas 62 ó 102. Puede observarse, sin embargo, que tras el sentimiento mismo de la necesidad de explicar la traducción efectiva de un término, se oculta la ruptura o la desaparición de la tradición filosófica en latín o en castellano. Así, mientras en el caso de *over-thing* (pg. 62), no hay opciones demasiado buenas, pese a que no sería ésta la primera vez que se traduce el prefijo *over-* o el prefijo *über-*; el término *selfhood* (pg. 102) no debería presentar demasiados problemas. En cualquier caso, la solución adoptada por Lynch parece acertada.

Otras soluciones parecen, en cambio, menos defendibles. El siguiente fragmento, consistente en una cita que hace de Man:

“The rules for illocutionary acts,” writes Richard Ohman in a recent paper, “determine whether performance of a given act is well-executed, in just the same way as *grammatical* rules ... (de Man 1979: 8)

se traduce así:

“Las reglas de los actos ilocucionarios”, escribe Richard Ohman en un artículo reciente, “determinan si el efecto (*performance*) de un acto está bien ejecutado, de la misma manera que las reglas *gramaticales* ... (de Man 1990: 21)

Parece que se ha dado una confusión entre “performativo” y “perlocucionario”, confusión que se manifiesta por la dificultad de que un “efecto esté bien ejecutado”, salvo en la acepción número 7 de la voz tal como aparece en la 20ª edición del DRAE (“En la técnica de algunos espectáculos, truco o artificio para provocar determinadas impresiones”).

Pero, este desliz menor corresponde a lo que creemos una falla del razonamiento de Paul de Man, quien afirma que “the continuity between the illocutionary realm of grammar and the perlocutionary realm of rhetoric is self-evident” (*ib.*, pg. 8). Es también evidente que la noción de *performativity* se solapa incorrectamente con la tricotomía locucionario/ ilocucionario/ perlocucionario. Pero el resultado es que al identificar lo ilocucionario con lo perlocucionario se sitúa la retórica en el nivel de la persuasión, y no en el del estudio de los medios de persuadir, como quería Aristóteles (*Retórica*, I, 1, 1355b). Y, aunque, al igual que la dialéctica, no correspondan estos medios a los contenidos de ninguna ciencia particular (*Retórica*, I, 1, 1354a), sí es susceptible aquélla de dividirse en tres clases (*Retórica*, I, 1, 1358b). Entonces, de Man, al hacer desaparecer la categoría de lo ilocucionario (que afectaría a la retórica también en lo que hace a la distinción entre los diferentes tipos de discursos), devuelve el arte de la retórica a un estadio anterior al que alcanza con Aristóteles. La consecuencia práctica es que el corte entre lo dicho y la referencia queda reforzado y expandido. El discurso epidíctico y el judicial, los que tienen que ver con el presente y el pasado, desaparecen. Abundando en esta idea, acudiendo a los *Tópicos*, podría sospecharse del razonamiento del autor de *Alegorías de la lectura* que fuera, en términos aristotélicos, erístico.

De Man habla de “la retorización gramática de las frases ilocucionarias” (pg. 33). Parecería estar señalando un cierre, apuntando a la constitución de un álgebra cerrada cuyos términos se reenviarían a sí mismos y que —se habría venido considerando— tendrían asignada una referencia externa al sistema. Ahora bien, puede pensarse igualmente que la diferencia y el alejamiento infinito del significado y la referencia, en cuanto plasmados en el comentario u ocurrencias de un individuo —sea este de Man o Derrida—, podrían ser tanto o más limitados que un sistema gramatical.

¿Qué sentido tiene, finalmente, utilizar una expresión como “la máquina de la crítica demaniana”? La impresión que produce la lectura de unos trabajos ordenados en un volumen y cuyo hilo conductor común se anuncia de antemano —se habla de una perspectiva, la de la lectura—, es la de que se está jugando con un material utilizado con el único propósito de que su materialidad —esto es, su externalidad al discurso crítico actual, su carácter referencial— corrobore las conclusiones que de Man declara en el primer ensayo, “Semiología y retórica”. Entonces, la presunta libertad crítica de quien denuncia el reductivismo de cualquier formalismo o la retoricidad de “Cualquier pregunta acerca del modo retórico de un texto literario” (pg. 33) se revela como la necesidad, ya cause angustia o deleite, de diferir aquello que es el verdadero punto de partida (el carácter material de la referencia, su anterioridad con respecto al ego del crítico que aquí se da por desaparecido, como si bastase con la mera crítica de la noción de sujeto). Con lo cual, de no mediar el talento de un Paul de Man, se acaba convirtiendo la crítica literaria en la perpetua corroboración de un prejuicio.

Hablar aquí de la obra de Paisley Livingston, *Literary Knowledge*, adquiere sentido en cuanto se enmarca en la especial atmósfera intelectual que el mundo académico anglosajón, invadido por las corrientes francesas, y europeas en general, ha visto desarrollarse durante los últimos quince años. En efecto, la importación a los Estados Unidos y Gran Bretaña del postestructuralismo francés y la deconstrucción, así como la permeabilidad reciente del mundo de habla inglesa a las diversas filosofías continentales, han redundado en una auténtica crisis de fundamentos dentro de las disciplinas humanistas y literarias en Gran Bretaña y Estados Unidos. Entre otras consecuencias, la difusión y la toma de algunos departamentos universitarios por los seguidores de Derrida o Foucault, ha motivado la multiplicación de discursos en que se aboga por lo que podría denominarse como indecibilidad o inconmesurabilidad absoluta entre las interpretaciones críticas. Inconmensurabilidad que nunca se plantea como suprabable o absorbible en un esquema más amplio, sino como momento de la detención final de todo juicio. Y a la cabeza de esos discursos se encontrarían los de Derrida y Paul de Man.

De la puesta en cuestión de determinados postulados ontológicos y gnoseológicos, se ha pasado rápidamente a la exaltación de la absoluta libertad del crítico con respecto a cualquier criterio empírico de verdad y esta libertad, defendida con el vigor con el que la libre interpretación de los textos bíblicos fue antaño defendida por los ancestros de los actuales “librepensadores”⁷ —al menos hasta que dejó de ser

⁷ Denominación no demasiado ajustada, pero que quiere significar la falta de compromiso con la historia que para sí reclaman algunos.

necesario oponerse a una interpretación privilegiada distinta de la propia—, se reconduce en ocasiones a la discusión epistemológica sobre la teoría literaria. El libro de Livingston, profesor de Inglés en la McGill University de Montreal es una muestra de esta faceta de la polémica y en él se quiere demostrar que es posible un conocimiento literario objetivo⁸, por así decir, y se logra aportar argumentos de cierto interés acerca de tal tesis. Pero también es cierto que al final el autor recomienda renunciar al ejercicio de diversos tipos de crítica literaria en aras de una mayor fiabilidad metodológica. El problema es que quizá esas renunciadas lo sean a los aspectos más interesantes de la teoría y la crítica literaria. O, más crudamente, que quizá el autor caiga en la sinrazón de eliminar lo que es esencial en el objeto de las citadas disciplinas.

No será seguramente necesario aclarar que en el horizonte del razonamiento del autor, se divisa una marca inconfundible. Las ciencias de la naturaleza como referencia, si no como modelo. Así, multitud de ejemplos son tomados de dichas disciplinas. Pero la cuestión que Livingston está realmente discutiendo —o que debiera discutir— es cómo se definen las ciencias. Si es de acuerdo con un objeto previamente dado, parecería que no debiera eliminar lo esencial —como acabamos de decir— de dichas disciplinas. En consecuencia, cuando menos habría de tomar la precaución de definir su problema como más bien ontológico que gnoseológico. Entonces tendría sentido su expulsión de determinadas orientaciones de la crítica literaria.

Si, por el contrario, sostiene que los objetos de las ciencias son constituidos por el desarrollo histórico de éstas, no parece razonable que elimine saberes establecidos históricamente a los que, aunque no pueda concederle la categoría de ciencias, no dejan de ser saberes y muy posiblemente racionales.

El efecto causado por tal cercenamiento no puede ser más claro: El abandonar parcelas, regiones enteras de la teoría y la crítica.

La situación planteada sería la opuesta a la que se cuenta acerca de Francisco I y Carlos V: ambos querían lo mismo, esto es, Milán. Livingston confina el estudio de la literatura a una parte tan sólo de su dominio completo. Así, los críticos relativistas, idealistas o escépticos pueden campar a sus anchas por las regiones abandonadas y, si se permite seguir con otra torpe comparación histórica, a lo que se parece el nuevo *statu quo* es el surgido del Tratado de Tordesillas, con una división de las “áreas de influencia” perfectamente indiscutida. Porque lo que la obra de Livingston lleva a cabo puede ser entendido como una legitimación de algunas corrientes críticas que se acompañan, dentro de su parcialidad, de pretensiones de totalidad. Así, suponer carácter polémico a esta obra se revela como algo perfectamente infundado; lo que hace es firmar un tratado de no intervención con los adversarios.

Pedro Santana Martínez
Colegio Universitario de La Rioja

⁸ No ha de entenderse la expresión “conocimiento objetivo” de manera popperiana. A Sir Karl se le menciona cuatro veces en el libro. A Mario Bunge, seis. En el índice no aparecen ni Carnap ni Neurath.